

Discurso del Mtro. Félix Vélez Fernández Varela, Secretario General del Consejo Nacional de Población, presentado en la Conferencia de Prensa por el Año Internacional y Día Mundial de la Juventud 2010, en la sede del Centro de Información de las Naciones Unidas (CINU).

México, D.F. 12 de Agosto de 2010.



Estimados miembros del Presidium,
Señoras y señores,

Es para mí un placer compartir el Presidium de esta Conferencia de Prensa con tan distinguidos promotores de la juventud en México, que además, por su profesionalismo y afinidad, cuento entre mis amigos. Agradezco particularmente la compañía y el patrocinio de Diego Palacios, digno representante del Fondo de Población de Naciones Unidas, la presencia de Priscila Vera del IMJUVE y la licenciada Cynthia Cardina (por parte de SERAJ), el licenciado Diez (ONU), y por supuesto me complace compartir con todos ustedes algunas reflexiones con motivo del Año Internacional y el Día Mundial de la Juventud 2010.

México sigue siendo un país de jóvenes, los cuales representan casi una de cada cinco personas. Residen en México 20.24 millones de jóvenes entre 15 y 24 años de edad (10.4 millones son adolescentes y 9.8 son adultos jóvenes), y constituye una muy particular coincidencia en este Año Internacional de la Juventud que en los próximos meses y hasta mediados de 2011 la población joven en México alcanzará su máximo histórico en 20.25 millones, diez mil jóvenes más de los que hay actualmente.

La adolescencia y la juventud tienen una importancia crítica, no sólo como etapas formativas para la vida hacia la cual están transitando, sino por su peso específico en el escenario demográfico actual, y por su potencial como agentes del cambio social, con todo lo que ello representa para el futuro de México en términos de su desarrollo y de la agenda de política pública.

Pero no sólo México es un país de jóvenes, sino que es un país joven en pleno tránsito hacia la adultez. La transición demográfica se ubica ya en una etapa avanzada, en la cual la fecundidad registra niveles cercanos a los de reemplazo y la mortalidad comienza a aumentar. La Tasa Global de Fecundidad pasó de 6.7 a 2.2 hijos por mujer entre 1970 y 2010, por lo que se ha transformado la estructura por edad de la población. Al envejecer la población, inevitablemente aumenta la mortalidad, de manera gradual pero sostenida.

En los setenta, la tasa de crecimiento del grupo poblacional en edades entre 15 y 24 años, era muy superior al de la población en su conjunto. Dicha cohorte alcanzó su participación máxima en el total de la población a finales de la década de los ochenta y principios de la de los noventa. Posteriormente, el ritmo de crecimiento de los jóvenes se desaceleró abruptamente, pero por inercia su número absoluto seguirá creciendo hasta el año próximo. Su participación es de 18.7 por ciento en la actualidad y para 2030 los jóvenes representarán 13.6 por ciento (una reducción en participación de aproximadamente un tercio en tan sólo dos décadas).

A pesar del escenario de envejecimiento a mediano y largo plazo, en lo inmediato México enfrenta una oportunidad demográfica inigualable: contar con una cantidad inédita de personas en edad productiva (entre 15 y 64 años de edad) que prácticamente duplicará a la población en edad económicamente dependiente (0 a 14 años y 65 y más años) durante las primeras décadas de este siglo.

Los jóvenes representan cerca de la tercera parte del “bono demográfico”, y serán parte de dicho fenómeno hasta su finalización en 2030; entender las particularidades al interior del grupo y tomar en cuenta que NO se trata de un grupo homogéneo, sino que existen diferencias de género, generación, etnicidad y estratificación socioeconómica, contribuirá a que se puedan obtener sus beneficios.

En el caso de los jóvenes, la migración puede detonar la transición a la adultez con la obtención del primer empleo, la salida del seno familiar, el abandono de la escuela y la formación de un nuevo hogar. La cuarta parte de los movimientos migratorios internos y 40% de la migración internacional, corresponden a la población entre 15 y 24 años de edad. De hecho, los jóvenes presentan una dinámica migratoria más intensa que el resto de la población. Sus tasas de migración, tanto interna como internacional, prácticamente duplican a las del conjunto de la población.

En materia de etnicidad, el grupo de población indígena (14.2 millones) presenta una estructura por edad más joven debido a sus mayores tasas de fecundidad. Existen diferencias de género asociadas al fenómeno migratorio que afectan la composición por sexo del grupo de jóvenes (*en Quintana Roo y Campeche la migración internacional femenina es positiva y por lo menos el doble que en los hombres, mientras que en otros estados como Chiapas, la tasa de migración internacional masculina es 11 veces más alta que la de las mujeres*).

Esta es una juventud que no sólo es resultado de transformaciones muy significativas, sino que ciertamente se enfrenta a un contexto de crisis que dificulta su acceso a instituciones sociales claves para su desarrollo, pero que, hay que decirlo, lo hace con más y mejores armas que las generaciones que le han precedido.

El Diagnóstico que hoy se presenta contribuirá a identificar áreas susceptibles de intervención pública que tiendan a fortalecer e incrementar las capacidades de los adolescentes y jóvenes, a fin de ampliar los márgenes de su participación en aras de su propio desarrollo.

Para mejorar la calidad de vida de los jóvenes y sus perspectivas de desarrollo es fundamental contar con un entorno propicio en materia de salud, educación y empleo, en términos cuantitativos pero también cualitativos. De lo contrario, serán más agudos los problemas y retos derivados de la presencia de una población con edades promedio cada vez mayores.

La creación de dichas condiciones requiere de la consideración de las particularidades de los diferentes grupos de jóvenes: su condición sociodemográfica, su origen étnico, su composición por sexo, sus niveles de fecundidad y mortalidad, su distribución territorial y su comportamiento migratorio.

En el ámbito de la educación, México ha logrado muy importantes avances en las últimas décadas, particularmente en lo concerniente a la disminución de los niveles de analfabetismo entre la población de 15 años y más. Entre los jóvenes, el porcentaje de analfabetas pasó de 16.4 por ciento en 1970 a 2.3 en 2005 y en la actualidad la capacidad para leer y escribir entre los jóvenes es prácticamente universal. Este descenso ha beneficiado a todos los jóvenes, pero muy particularmente a los adultos jóvenes, especialmente a las mujeres, que para 1970 tenían por mucho la proporción de alfabetos más baja (79.5%) y que ahora se ubica en 97%.

Otro gran avance es el incremento en el promedio y nivel de escolaridad de los jóvenes, el cual ronda los 10 años, es decir primer año del nivel medio superior. Hasta hace algunos años, los adultos jóvenes tenían niveles de escolaridad menores que los de los adolescentes. Aunque es algo que parecería lógico, hasta fechas recientes es posible afirmar que en México el promedio de escolaridad aumenta a medida que se incrementa la edad. De igual forma, destaca la diferencia en la media de escolaridad entre hombres y mujeres, a favor de estas últimas. Por ejemplo, actualmente, en el ámbito urbano, el promedio de escolaridad entre el grupo de 15 a 24 años es superior por dos años entre las mujeres, respecto al de los hombres.

Las políticas públicas en materia de educación, han logrado una enorme transformación educativa para los jóvenes durante las últimas décadas, como el notable aumento de la población con secundaria terminada fomentada por la obligatoriedad del nivel de estudios (actualmente tenemos la situación inversa a la de 1970 con ocho de cada diez jóvenes que cuentan con niveles de escolaridad superiores a la educación básica –primaria y secundaria terminadas). Asimismo, las acciones específicas para aumentar la participación y permanencia de las mujeres en el sistema educativo han invertido la situación de hace cuatro décadas, cuando

las mujeres representaban una mayor proporción de la población con menores estudios. Es decir, no solo ha habido avances, sino que se han logrado con equidad.

Los avances en la reducción de brechas entre hombres y mujeres y entre grupos de población, (*como entre indígenas y no indígenas*), se asocia estrechamente con políticas de discriminación positiva, como en el Programa de Desarrollo Humano Oportunidades.

El reto en educación ya no se centra en incorporar a niños y jóvenes a la escuela sino en su permanencia en el sistema educativo, (*en 2009, ocho de cada diez adolescentes de 15 años continúan en el sistema educativo, pero sólo cuatro de cada diez jóvenes de 20 años lo hacen*) a fin de prevenir la deserción en la adolescencia y la adultez temprana, etapas de la vida en las que la educación resulta más significativa para la acumulación de conocimientos y habilidades para la vida productiva en las siguientes etapas de la vida. Otros retos son, por supuesto, atender las diferencias en los indicadores educativos asociadas a variables sociodemográficas como el sexo y el tamaño del lugar de residencia, o socioeconómicas como el nivel de ingreso, y trabajar en la calidad de la educación.

En el ámbito de la Salud, la población joven goza de mejores condiciones de salud que sus pares de generaciones previas, y la mortalidad entre los jóvenes tiende a disminuir prácticamente en todas las causas que provocan fallecimientos en este grupo de la población.

Como nunca antes, la población tiene una alta probabilidad de llegar a edades avanzadas y de hacerlo en mejores condiciones de salud. Hace 30 años, seis de cada cien muertes registradas en el país correspondían a los jóvenes. Casi tres décadas después, la proporción de defunciones entre los jóvenes se ha reducido a prácticamente la mitad.

Los jóvenes de ahora gozan de los beneficios de las intensas acciones que en materia de salud se han emprendido en el país, en particular para la erradicación de padecimientos originados por condiciones materiales de vida precarias. Sin

embargo, existen nuevos riesgos propios de estilos de vida poco saludables, y característicos de las sociedades modernas.

Las tres principales causas de muerte de los jóvenes son los accidentes, las lesiones y los tumores malignos, seguidas de las afecciones asociadas a la maternidad y las defunciones por causas infecciosas y parasitarias (entre ellas, el VIH/SIDA). Este análisis revela la necesidad de difundir entre los jóvenes una cultura preventiva que desincentive la exposición a riesgos.

Entre los jóvenes las defunciones de la población masculina están relacionadas estrechamente con causas externas. Las defunciones por causas infecciosas y parasitarias han cobrado importancia recientemente y constituyen ya la quinta causa de muerte entre los varones jóvenes. Esto se debe, fundamentalmente, a la incidencia creciente del VIH/ SIDA en este segmento de la población, padecimiento que provoca cerca de cuatro defunciones por cada cien muertes de jóvenes de 20 a 24 años. Entre las mujeres, la cuarta causa de muerte es aquella que se asocia con la maternidad. En 2007, poco más de tres defunciones por cada cien fallecimientos de mujeres entre 15 y 24 años se debieron a causas maternas, las cuales presentan una mayor incidencia en las adultas jóvenes, pues su tasa ascendió, en el mismo año, a ocho defunciones por cada cien muertes de mujeres en este grupo de edad.

En cuanto a la morbilidad, los actuales estilos de vida (que se caracterizan por patrones de consumo de alimentos poco nutritivos y por la cada vez más notoria falta de actividad física) han generado una tendencia creciente al sobrepeso y la obesidad, además del consumo de alcohol y tabaco. Aproximadamente tres de cada diez jóvenes presentan sobrepeso y dos de cada diez obesidad. Los adultos jóvenes y las mujeres son más susceptibles a padecer esta situación que los adolescentes y los hombres. Por su parte, poco más de un joven por cada diez declara haber consumido tabaco –especialmente los hombres y adultos jóvenes- y dos de cada diez jóvenes declaran consumir alcohol –nuevamente, en particular hombres y adultos jóvenes. La edad media al consumo de ambos productos ronda los 20 años, lo cual muestra no solo que se da desde edades tempranas, sino la fuerte relación entre uno y otro.

Los niveles de sobrepeso y obesidad fomentan cuadros epidemiológicos crónico degenerativos que ya comienzan a hacerse visibles entre la población más joven, como sucede entre aquellos que padecen diabetes o hipertensión, que en el caso de las mujeres, conlleva riesgos mayores por su estrecha asociación con la mortalidad materna por causas indirectas.

La juventud se caracteriza por ser un periodo particularmente favorable en cuanto al estado de su salud y las causas que la afectan son altamente prevenibles. La capacidad de adaptación propia de la juventud y la instrumentación de políticas públicas orientadas a promover formas de vida saludables fomentará el desarrollo de su potencial como agentes del cambio en México.

En materia de empleo, aunque los jóvenes actuales se encuentran mejor preparados que sus coetáneos de cohortes anteriores, las condiciones de la economía los han enfrentado a la disyuntiva entre la postergación de su incorporación al mercado de trabajo, o la incorporación temprana a la actividad laboral informal, ante la necesidad de obtener recursos.

En 2009, cuatro de cada diez jóvenes trabajaba de manera exclusiva; poco más de tres de cada diez tenían como única ocupación estudiar, cerca de dos se dedicaba al trabajo doméstico, dos de cada cien trabajaban y estudiaban, y apenas uno de cada cien reportaba no trabajar ni estudiar. Los hombres tienen mayor presencia entre la población que se dedica a trabajar, a trabajar y estudiar, o que no estudia ni trabaja; en cambio, las mujeres son más relevantes en la población que estudia y, principalmente, entre quienes se dedican a las actividades domésticas (donde aproximadamente hay siete mujeres por cada hombre).

A través del tiempo, no ha disminuido de manera importante la proporción de jóvenes que sólo trabaja y, aunque ha aumentado la proporción de jóvenes que sólo estudian, es porque se han recuperado estudiantes que de otra forma, se dedicarían a actividades domésticas, en las cuales predominan las mujeres.

La forma en la que los jóvenes resuelven esta disyuntiva depende en buena medida de su estrato socioeconómico, su inexperiencia y falta de conocimientos

especializados, y otros elementos que los vuelven poco aptos para el trabajo formal pero sí muy atractivos para las actividades informales.

La tasa de participación económica de los jóvenes, es decir, el porcentaje de población que participa en la producción de bienes y servicios, se ha reducido de manera constante durante la última década, al pasar de 50.0 y 41.2 por ciento de 2000 a 2009, al tiempo que la población joven desocupada ha incrementado su tamaño, al pasar de 3.4% a 10% en el mismo periodo (esto último estrechamente relacionado con el ciclo económico).

Un dato muy interesante es el de los jóvenes con educación media superior y superior, que son el único grupo de población que ha aumentado su tasa de participación económica, pero, en aparente paradoja, registran mayor desempleo, posiblemente por la incapacidad del sistema productivo para atraer a población joven con mayor calificación, o debido a su mayor selectividad al insertarse al mercado de trabajo.

En términos de ingreso, la menor percepción de ingresos de los adolescentes ejemplifica claramente las grandes desventajas a las que esta población se expone si se incorpora al mercado de trabajo cuando, idealmente, debería estar estudiando, y aún se observa que las mujeres perciben menos ingresos que sus contrapartes masculinos, pues son mayoría en las actividades menos remuneradas y minoría entre las más redituables.

El tránsito hacia la adultez conlleva también, entre otros eventos, el abandono del hogar de origen para conformar el propio. Sin embargo, la organización de la vida independiente es un evento particularmente complicado en la adolescencia y la juventud, ya que implica recursos de los que los jóvenes generalmente carecen. Aun así, en México, la formación del hogar propio sigue teniendo lugar en los primeros años de la adultez y se encuentra estrechamente asociado a la primera unión, especialmente en el caso de las mujeres. En este sentido, llama la atención que las dificultades asociadas a la constitución de un hogar en estos tiempos no impidan la formación de uniones conyugales en los primeros años de la juventud adulta.

En prácticamente la mitad de los casos, los jóvenes unidos permanecen en la vivienda de los padres de alguno de los cónyuges, en especial de los padres del varón, (siete de cada diez residían con los padres del cónyuge varón, con una duración mediana de tres años antes de mudarse a una residencia independiente) lo cual muestra la persistencia del sistema patrilocal que rige en buena medida la organización social de las familias mexicanas.

La mayor parte de los jóvenes (seis de cada diez) vive en hogares nucleares, sin embargo en las últimas décadas su peso ha disminuido y, en cambio, se ha incrementado la presencia de los hogares extensos, ello en concordancia con la tendencia observada entre el conjunto de la población. Los hogares nucleares tienen una presencia más notoria de adolescentes y, en los extensos, los adultos jóvenes y las mujeres tiene un peso específico más alto. De manera interesante la composición por sexo de los hogares extensos sugiere cierta feminización de su estructura.

El análisis del comportamiento sexual y reproductivo entre adolescentes y jóvenes resulta fundamental porque en estas etapas de la vida ocurren transiciones sumamente significativas como la primera relación sexual, la primera unión y el nacimiento del primer hijo, y el inicio de la trayectoria anticonceptiva.

De acuerdo al análisis de las edades a las que las mujeres presentan ciertos eventos, apenas en 2009, por primera vez, la edad al uso del primer método anticonceptivo precedió al nacimiento del primer hijo, pero aún se encuentra lejos de coincidir con la edad a la primera relación sexual

Aunque muy modestamente, la edad a la que las mujeres tienen su primer encuentro sexual se está postergando hacia el final de la adolescencia, pero el uso de anticoncepción en la primera relación sexual aún no es una práctica extendida entre las adolescentes y jóvenes mexicanas (en 2009, sólo cuatro de cada diez mujeres adolescentes y una de cada tres adultas jóvenes utilizaron algún tipo de anticonceptivo en el primer encuentro sexual).

La gran mayoría de las mujeres jóvenes sexualmente activas está unida, sin embargo, en años recientes se ha incrementado la actividad sexual entre la población soltera, y las adolescentes tienen mayor peso en este fenómeno (3.2% en 1987 y 27.7% en 2009).

En México, la Tasa Global de Fecundidad (TGF) asciende actualmente a 2.2 hijos en promedio por mujer. Considerando que el número ideal de hijos que las adolescentes y jóvenes declaran desear es 2.3 hijos en promedio, se puede decir que las jóvenes mexicanas tienen altas probabilidades de concretar su ideal reproductivo.

Si bien la tasa de fecundidad adolescente muestra una tendencia descendente (*pasando de 81.4 nacimientos por cada mil mujeres entre 15 y 19 años de edad en el trienio 1989-1991, a 69.5 en el periodo 2006-2008*), la velocidad a la que ésta disminuye es menor a la observada en otros grupos de edad.

La fecundidad de las adolescentes genera riesgos a salud asociados a la reproducción en edades tempranas; se relaciona con condiciones de precariedad socioeconómica, e impacta la vida futura tanto de la madre como de su descendencia. Este fenómeno preocupa, además, por la naturaleza no planeada ni deseada de gran parte de los embarazos (uno de cada cuatro embarazos en adolescentes no es planeado y uno de cada diez no fue deseado). Si bien ésta no es una situación privativa de las adolescentes, son éstas quienes presentan la menor proporción de embarazos planificados.

El análisis territorial de la intensidad de la fecundidad adolescente muestra que ésta no necesariamente se presenta entre las entidades con mayor rezago en la transición demográfica o con mayores dificultades socioeconómicas, sino que podría estar asociada a otro tipo de procesos, tentativamente relacionados con la incapacidad de la población adolescente de controlar los riesgos del ejercicio de su vida sexual, ya sea por falta de acceso los medios anticonceptivos pertinentes o por exposición a modelos culturales que incrementan su exposición.

La fecundidad abiertamente declarada como no planeada o no deseada es, sin duda, un área de intervención prioritaria de las políticas públicas, en aras de garantizar que el conjunto de la población logre concretar sus preferencias sexuales y reproductivas.

México cuenta con una larga y notable experiencia en la instrumentación de estrategias de planificación familiar que han impactado notablemente la sensibilidad y disposición de la población ante la práctica anticonceptiva. El conocimiento sobre la existencia de los métodos anticonceptivos es prácticamente universal entre la población joven. (*97.4% de las mujeres entre 15 y 24 años han declarado conocer al menos un método en 2009*). Sin embargo, aún hay rezagos, ya que el grado de conocimiento es mucho más bajo entre las mujeres jóvenes que viven en el campo y entre quienes hablan alguna lengua indígena.

No obstante el conocimiento generalizado, el uso de métodos anticonceptivos entre la población joven está condicionado por varios factores, entre ellos, el acceso a los métodos adecuados, pero también por el deseo de tener hijos, particularmente en el caso de México que presenta patrones de fecundidad tempranos. Así, aunque la prevalencia anticonceptiva tiende a aumentar con los años, las mujeres entre 15 y 24 años presentan sistemáticamente los porcentajes más bajos de uso de anticoncepción.

Aunque las brechas han tendido a reducirse, las poblaciones rezagadas en el uso de métodos anticonceptivos son adolescentes, jóvenes con menores niveles de escolaridad, que residen en entornos rurales, hablantes de lengua indígena y los varones de todo tipo. Se estima que en 2009, la demanda insatisfecha de anticoncepción alcanzó 9.8 por ciento de las mujeres en edad fértil unidas a nivel nacional, lo cual representa un decremento sustantivo respecto a su nivel en 1987, cuando ascendía a 25.1 por ciento, pero las adolescentes y las adultas jóvenes unidas aún presentan los niveles más altos.

El impulso a la salud sexual y reproductiva ha ganado un reconocimiento enorme que se traduce en acciones específicas instrumentadas por todos los actores relevantes involucrados y, sobre todo, los hombres y mujeres que ejercen derechos

indiscutibles. El grueso de los avances futuros en este ámbito provendrán de políticas públicas focalizadas a grupos históricamente rezagados, en particular las y los adolescentes.

En suma,

- Las políticas en materia de población y desarrollo han beneficiado notablemente a las generaciones actuales. En vista de su relevancia demográfica hoy en día, los jóvenes reciben particular atención, sobre todo en términos del potencial que representan para el futuro. Sin embargo, el diagnóstico que hoy se presenta los devela como agentes muy activos de cambio, no sólo en los años venideros, sino en la actualidad.
- Incluir a los propios jóvenes en la definición de su circunstancia, y en el diseño y ejecución de acciones para acrecentar su bienestar recupera la dimensión de participación consubstancial a la democracia y enriquece la vida social. Su naturaleza inquieta y propositiva, así como su gran capacidad de adaptación, constituyen atributos críticos para la generación de acciones públicas que logren incidir tanto en su desarrollo, como en el del conjunto de la sociedad.

Muchas gracias.